asamblea se celebra **al aire libre**, en la plaza del Pnyx; los ciudadanos se sientan en bancos de piedra que forman anfiteatro, los magistrados, colocados enfrente, abren la sesión por medio de una ceremonia religiosa y de una oración, y finalmente un heraldo proclama en alta voz el asunto de que va á ccuparse la asamblea, y dice:

« ¿ Quien quiere hablar? » Todo ciudadano tiene derecho á usar de la palabra; los oradores suben á la tribuna por orden de edad. Cuando todos han terminado, el presidente plantea la cuestión; la asamblea vota levantando las manos, y luego se separa.

87. Los jurados, los miembros del consejo, los magistrados, todos, con excepción de los generales, eran elegidos por sorteo. Los ciudadanos eran iguales. Sócrates decía á un ateniense instruído que no se atrevía á hablar ante el pueblo: « ¿ Á quién temes, á los bataneros, á los zapateros, á los mamposteros, á los cultivadores ó los mercaderes? Porque la asamblea está compuesta por todas esas gentes. » Entre aquellos hombres había muchos que necesitaban ejercer un oficio para vivir, y que no podían servir gratuitamente al Estado; así fué que se instituyó un **salario** para los jueces, y más adelante para cuantos concurrían á la asamblea.

88. Como todos los asuntos importantes se resolvían, ya en la asamblea, ya en los tribunales, después de debates y **discursos**, los hombres influyentes fueron los que mejor sabían hablar. El pueblo se acostumbró á oir á los oradores, á seguir sus consejos, á encomendarles embajadas y hasta á nombrarlos generales. Esos hombres eran llamados **demagogos** (conductores del pueblo). El partido de los ricos se burlaba de ellos.

En una comedia, Aristófanes representa al pueblo (demos) bajo la forma de un anciano imbécil. « Eres tontamente crédulo, dejas que los aduladores y los intrigantes te lleven cogido por la nariz, y te pasmas de gozo cuando te harengan. » — Y el coro, dirigiéndose al aventurero, exclama: « Eres grosero, perverso, tienes voz sonora, una elocuencia impudente y el ademán violento; créeme, posees cuanto se necesita para gobernar á Atenas ».

89. La familia ateniense. — Los hijos pasaban sus primeros años junto á sus madres. Las jóvenes seguían

allí hasta que se casaban; los varones salían del hogar á los siete años. Entonces el joven ateniense era confiado á un preceptor (*pedagogo*) encargado de enseñarlo á guardar compostura y á obedecer; el maestro era casi siempre un esclavo; pero el padre le había concedido derecho para castigar á su discípulo, costumbre general en la antigüedad. Más adelante iba el niño á la escuela, donde aprendía á leer, escribir y contar, á recitar versos y á cantar en coro al son de la flauta. Finalmente venía la gimnástica. Á esto se reducía toda la instrucción, que formaba hombres sanos de cuerpo y tranquilos de espíritu, lo que los griegos llamaban *buenos* y *hermosos*. — En cuanto á las hembras, que permanecían junto á sus madres, no aprendían nada.

90. Xenofonte presenta á un ateniense rico y bien educado hablando con Sócrates de su mujer: « Tenía apenas quince años cuando yo la tomé por esposa; hasta entonces la habían sometido á severa vigilancia, pretendiendo que ni viera ni oyese nada. ¿No era acaso bastante encontrar en ella una mujer que supiera hilar la lana para hacer túnicas, y que hubiese visto como se distribuye á las criadas el trabajo doméstico? » Y cuando su marido le propone que se convierta en su auxiliar, ella contesta: « ¿En qué puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer? Mi madre me ha dicho siempre que lo único de que tenía que preocuparme era de ser discreta y prudente. » Ser discreta y prudente, esto es, obedecer, hé ahí la virtud que se exige á la mujer griega.

Trajes de mujeres jónicas.

91. La casaban á los quince años. Los padres habían designado el marido, que era, ya un joven de una familia vecina, ya un hombre de edad madura amigo del padre, siempre un ciudadano de Atenas. La joven no lo conocía casi nunca, y jamás se le preguntaba su parecer.

92. Las mujeres. — En el fondo de la casa griega ha-

bía una habitación retirada, reservada á las mujeres, el *gineceo*, donde sólo el marido y los parientes penetraban. La dueña de la casa permanecía allí todo el día con sus criadas esclavas, vigilándolas, dirigiéndo sus trabajos, distribuyéndoles lana que **hilar;** y ella en persona **tejía** los vestidos. **Salía poco,** excepto para asistir á las fiestas religiosas. Nunca se presentaba en la sociedad de los hombres.

Nadie se atrevería seguramente, dice el orador Iseo, á comer en casa de una mujer casada; éstas no salen para ir á comer con los hombres, y no se permiten acompañar á los extraños en esa tarea. »

93. Una ateniense que hubiese frecuentado la sociedad no habría sido considerada como una mujer honrada. Así cautiva é ignorante, la mujer no era de comercio agradable. El hombre la había tomado, no para hacer de ella la compañera de su vida, sino para que gobernara su casa, le diera hijos, y porque la religión y las costumbres exigían que el griego no permaneciese soltero. Platón declara que si los hombres se casan, no es por gusto, sino « porque la ley obliga á ello. »

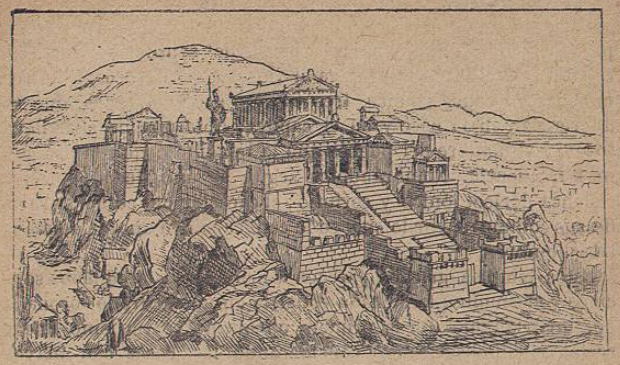
LAS ARTES EN GRECIA.

94. Los monumentos de Atenas. — En Atenas, lo mismo que en la mayor parte de las ciudades griegas, las casas de los particulares eran pequeñas, bajas de techo y estaban pegadas unas á otras, formando calles estrechas, tortuosas y mal empedradas. Los atenienses reservaban su lujo para los **monumentos** públicos.

Los más hermosos de ellos se alzaron sobre la Acrópolis, que les servía de inmenso pedestal; fueron dos templos (el principal, el **Partenón** estaba consagrado á palas Atenea, la protectora de la ciudad), una estatua colosal de bronce que representaba á dicha diosa, y una escalera monumental, que llevaba á los **Propileos**.

95. La arquitectura griega. — Los mejores edificios eran construídos para honrar á los dioses, y cuando se habla de la arquitectura griega, nos referimos á sus **templos**.

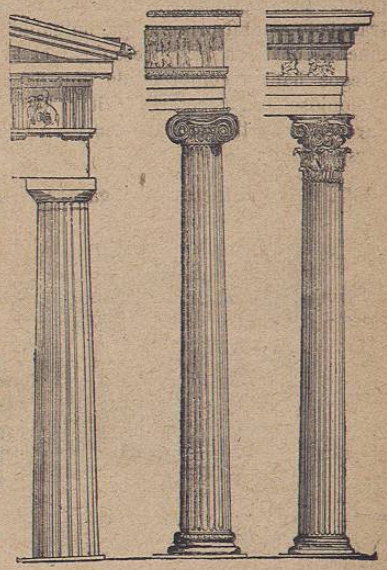
96. Un templo griego no estaba destinado, como las iglesias



La Acrópolis de Atenas.

cristianas á recibir á los fieles que quieren hacer oración. Es el palacio donde habita el dios representado por su ídolo, morada que los hombres procuran hacer lo más espléndida posible. La multitud de los fieles no penetra en el santuario, sino que se queda fuera, en torno de un altar situado al aire libre.

En el centro del templo está el « camarín, del dios, sitio misterioso desprovisto de ventanas, iluminado apenas por el techo; en el fondo se alza el **ídolo**, que es de madera, de mármol ó de marfil, y que está revestido de oro, y cargado de vestidos y de joyas.



Ordenes arquitectónicos.
Dórico. Jónico. Corintio.

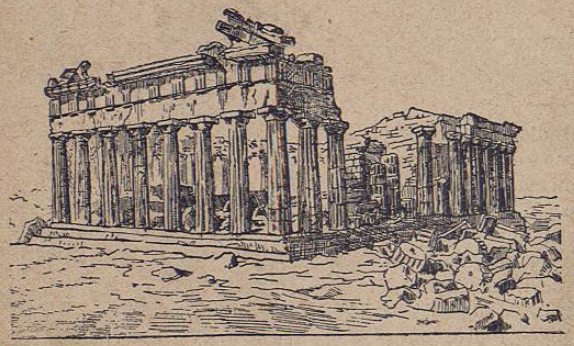
Este santuario, especie de *relicario* del ídolo, está oculto á todas las miradas por

todos sus lados. Para penetrar en él se atraviesa una especie de pórtico, formado por hileras de **columnas**.

Varias filas de éstas rodean por los cuatro costados el templo, formando alrededor de la pared del santuario como una segunda envoltura que protege al dios y á sus tesoros. Hay tres especies ó, como se dice, tres **órdenes** de columnas, que se diferencian en la base y en el capitel; cada una de ellas lleva todavía el nombre del pueblo que la imaginó ó que la usó con más frecuencia. Nombrándolos según su antigüedad, son los órdenes dórico, jónico y corintio; el carácter del edificio era el de sus columnas, por lo cual se le calificaba con uno de aquellos tres nombres.

Estos templos griegos parecen á primera vista edificios sencillos y desnudos; la fachada consiste en un cuadrado coronado por un triángulo. De la primera ojeada no se ven sino líneas rectas y cilindros; pero considerando las cosas con mayor atención, « se descubre que de todas esas líneas al parecer rectas, no hay ninguna que lo sea verdaderamente. » Las columnas son algo hinchadas por la parte media y las líneas horizontales abombadas en el centro. Todo esto se encuentra trabajado con tal primor, que ha habido necesidad de practicar muchas medidas para descubrir el artificio. Los arquitectos griegos habían comprendido que para producir un conjunto armonioso, era necesario evitar las líneas geométricas, que parecen muy tiesas, para tener en cuenta las ilusiones de la perspectiva. »

97. La arquitectura griega era al mismo tiempo sólida y



El Partenón. (Estado actual.)

elegante, sencilla y estudiada. Casi todos sus templos han desaparecido, y apenas quedan acá y acullá unos cuantos,

mutilados, derruídos, á menudo reducidos á unas hileras de columnas; y sin embargo, aun así, transportan de entusiasmo al que los contempla.

98. La escultura. — Entre los egipcios y los asirios, la escultura no era más que un adorno accesorio de los edificios; los griegos la convirtieron en arte principal. Sus artistas más célebres, Fidias, Praxiteles, Lisipo, fueron escultores.

En Grecia hubo **miles de estatuas,** pues cada ciudad poseía las suyas, y los escultores produjeron sin cesar durante cinco siglos; pero de todo este innumerable pueblo, apenas nos quedan unas quince estatuas intactas. Ni siquiera una de las obras maestras famosas entre los griegos ha llegado hasta nosotros. Nuestras estatuas más famosas son ó **copias**, como la Venus de Milo, ú obras de la época de decadencia, como el Apolo del Belvedere. Sin embargo, juntando los fragmentos de estatuas y de bajos relieves que se siguen desenterrando, se puede formar una idea general de la escultura griega.

Venus de Milo. Apolo del Belvedere.

99. Los artistas de ese país procuraban ante todo representar los **cuerpos** más **hermosos,** en actitudes tranquilas y nobles.

Nadie ha reproducido mejor el cuerpo humano. Ordinariamente, en una estatua griega la cabeza es pequeña, el rostro inmóvil y desprovisto de expresión, cosa que los griegos no buscaban, como lo hacemos nosotros, pues su

principal preocupación era la belleza de las líneas y no sacrificaban los miembros á la cabeza. Lo bello en una estatua griega es el cuerpo entero.

Ahora bien, si los griegos han dejado huella indeleble, figurando como un gran pueblo, en la historia de la civilización, es porque fueron una nación de **artistas**, pues ni sus pequeños estados ni sus reducidos ejércitos desempeñaron gran papel en el mundo. Por esto es el siglo V el principal monumento en la historia de Grecia; por esto es célebre Atenas entre todas las ciudades helénicas.

CONQUISTA DE ASIA POR LOS GRIEGOS.

100. Los reyes de Macedonia. — Los **macedonios** eran un pueblo que había conservado sus costumbres rudas y groseras; se parecían á los antiguos dorios, y eran, como éstos, una nación de pastores y de **soldados**. Habitaban completamente al norte de la Grecia, en dos grandes valles que tienen salida al mar. Los griegos los tenían en poco, mirándolos como medio bárbaros; pero en el año 360 subió al trono un hombre joven, activo, atrevido y ambicioso : **Filipo**. Éste se propuso tres cosas :

1°. Constituir un sólido ejército;

2°. Conquistar todos los puertos de la costa de Macedonia;

Y 3°. Obligar á los demás griegos á reunirse bajo su mando contra los persas.

101. En ello empleó veinticuatro años, logrando todos sus propósitos. Los griegos le dejaron hacer lo que quiso, y muchos de ellos lo admiraban; en todas las ciudades tenía partidarios que trabajaban en su favor. El orador **Demóstenes** trató en vano de decidir á sus compatriotas los atenienses á oponerse á las tentativas del macedonio. Filipo tenía reunido su ejército para marchar al Asia, cuando fué asesinado. Su hijo, Alejandro, aprovechó los preparativos hechos.

102. Alejandro. — Cuando murió su padre, tenía Alejandro veinte años. Era, como todos los griegos de buena casa, diestro en los ejercicios del cuerpo, luchador vigoroso y excelente jinete (únicamente él había podido domar su caballo de guerra, Bucéfalo). Pero al mismo tiempo conocía la política, la elocuencia y la historia natural, pues de los 13 á los 17 años tuvo como maestro á Aristóteles, el primer sabio de Grecia. Leía con pasión la *Iliada*, de la cual decía que era la guía del arte de la guerra, y cuyos héroes quería imitar. Había nacido en realidad para conquistar, pues le gustaban los combates y adoraba con pasión la gloria.

103. Filipo le había legado un poderoso instrumento de conquista, el ejército macedónico, el mejor de cuantos tuvo Grecia. Estaba formado por la falange de los peones y un cuerpo de caballería. La **falange** comprendía 16.000 hombres, colocados á 1.000 de frente y 16 de fondo. Cada uno llevaba una *sarisa*, pica de 6 metros de largo. Los macedonios no marchaban sobre el enemigo en las batallas, sino que volviéndose todos hacia la misma parte, permanecían inmóviles y presentaban sus picas al contrario, pues los de las filas de atrás la extendían por encima de las cabezas de los de delante. La falange parecía « un monstruo herizado de hierro », contra el cual iba á estrellarse el choque de los enemigos. Mientras ella guardaba el campo de batalla, Alejandro se lanzaba al frente de su caballería sobre el ejército opuesto.

104. Conquista de Persia. — Alejandro partió en la primavera del año 334 con 30.000 infantes (la mayor parte de ellos macedonios) y 4.500 jinetes. En 331 había ganado ya tres grandes batallas y conquistado todo el **Imperio persa**.

El ejército persa estaba mal armado y no sabía maniobrar encontrándose además embarazado por la masa de los soldados, de los criados y bagajes. Sólo las tropas escogidas combatían; las demás se desbandaban y se dejaban matar sin resistencia. En el intervalo de las batallas, la conquista no era sino un paseo triunfal. Nadie resistía. ¿Qué importaba á los pueblos del Imperio estar sometidos al rey de Persia ó á Alejandro?

105. Una vez dueño del Imperio persa, Alejandro se consideró como el **heredero del gran Rey**. Adoptó el traje persa, ceremonial de esta corte, y obligó á los generales griegos á prosternarse ante él como lo exigía la costumbre en dicho país. Casóse con una joven persa y 80 de sus oficiales hicieron otro tanto con hijas de la nobleza de Darío. Alejandro murió de calenturas, en pocos días de enfermedad, á los treinta y tres años (323).

106. Los reinos helénicos de Oriente. — Cada uno de sus generales constituyó un reino con los despojos del conquistador. Ptolomeo se quedó con **Egipto**, Seleuco con la **Siria**, Lisímaco con la **Macedonia**. Otros estados más pequeños se habían desprendido ya ó se desprendieron del cuerpo general más tarde : en Europa, el **Epiro;** en Asia Menor el **Ponto**, la **Bitinia**, la **Galacia**, la **Capadocia** y **Pérgamo;** — en Persia, la **Bactriana** y el reino de los **Partos**. Así **se desmembró el imperio de Alejandro**.

107. En estos nuevos reinos el soberano era un **griego**, quien, acostumbrado á adorar los dioses griegos, y á vivir á la manera griega, conservaba su lengua, su religión y sus costumbres. Sus vasallos eran asiáticos, esto es, bárbaros; pero trataba de formarse un séquito griego, reclutando su ejército entre los mercenarios helénicos, tomando para administrar funcionarios de su país, y llamando á su corte poetas, filósofos y artistas griegos.

Tantos de éstos se extendieron por Asia, que los indígenas acabaron por adoptar el traje, la religión, las costumbres y hasta la lengua de los griegos; el Oriente dejó de ser asiatico, para convertirse en **helénico**.

108. Alejandría. — Los reyes griegos de Egipto, descendientes de Ptolomeo aceptaron el título de Faraón que tomaban los antiguos soberanos, ciñeron la diadema y se hicieron adorar, como aquéllos, bajo el título de hijos del Sol; pero también se rodearon de griegos y establecieron su capital en una ciudad griega, situada á orillas del mar, en **Alejandría**, nueva población erigida por órden del conquistador macedonio.

Hecha desde luego con arreglo á plano determinado, Alejandría era más regular que las restantes ciudades griegas; las calles se cortaban en ángulo recto y en toda su longitud la atravesaba una gran vía de 30 metros de largo.

109. El **Museo** era un inmenso edificio de mármol, unido al palacio real. Los reyes de Egipto habían querido hacer de él un gran establecimiento científico.

Contenía una magnífica **biblioteca**, cuyo director tenía orden de comprar cuantos libros pudiese encontrar. Todo libro que penetraba en Egipto era llevado á la biblioteca; allí lo copiaban, y el propietario recibía una copia á la vez que una indemnización. Así se llegaron á reunir unos 400.000 volúmenes, número inaudito antes de la invención de la imprenta. Hasta entonces andaban esparcidos por el mundo los manuscritos de las obras célebres, expuestos siempre á perderse; en adelante se supo dónde encontrarlos.

También había en el museo un jardín botánico y zoológico, un observatorio de astronomía, una sala de disección, creada á pesar de las preocupaciones y resistencias de los egipcios, y hasta un laboratorio de química. El rey Ptolomeo Filadelfo, á quien horrorizaba la idea de la muerte, pasó allí muchos años buscando un elixir para prolongar la vida.

110. Los sabios del museo daban conferencias y lecturas. De todos los países griegos acudían á oirlos, y á Alejandría iban los jóvenes del mundo civilizado á educarse é instruirse.

111. Últimos tiempos de Grecia. — Á partir del tiempo de Alejandro, Grecia fué desgarrada por las guerras civiles entre ricos y pobres durante tres siglos, (430 á 150).

Al fin llegó un tiempo en que no quedaron en la ciudad ciudadanos suficientes para resistir á un conquistador.

Entonces se presentaron los romanos, primero como **aliados**.

Pero pronto, sintiendo que eran los más fuertes, quisieron mandar. Parte de los griegos se sublevaron é improvisaron un ejército, que fué deshecho por los romanos.

Como Corinto había sido el centro de la resistencia, los romanos penetraron allí, mataron á los hombres, vendieron á las mujeres y á los niños, y saquearon é incendiaron la ciudad.

112. Después de la destrucción de Corinto, Grecia fué declarada **provincia romana**, en 146.